

ACADEMIA
"Luis Vives"

PINOS PUENTE (Granada)

6-2-77

teatro

Arriba 35

«LAS ARRECOGIAS DEL BEATERIO DE SANTA MARIA EGIPCIACA»

DE JOSE MARTIN RECUERDA

(TEATRO DE LA COMEDIA)

Valoración: 9

El acontecimiento registrado en el escenario de la Comedia no es un éxito de autor, de director o de intérpretes; es, sencilla y rotundamente, un triunfo del teatro español. Hay motivos para echar las campanas al vuelo. Razones también para esperar, dados los factores que en el hecho dramático concurrían, pero la evidencia, justo es decirlo, sobrepasa cualquier cálculo anticipado. Una pieza de autor dramático nuevo, congelada durante cinco años bajo la irresponsable norma del «silencio administrativo», se ponía de pie sobre las tablas en la ocasión justa que podía hacerlo y; tal vez, aguzando su sentido de removiente actualidad, José Martín Recuerda, autor de «Las arrecogías del beaterio de Santa María Egipciaca», en este momento cuando la Historia es un espejo cercano —véase la abundancia de publicaciones en este sentido— que el español medio se coloca ante el rostro todos los días, viene a ofrecernos un nuevo concepto del teatro histórico, arrinconando viejas fanfarrias y triunfalismos. No se trata de cantar la gesta o la hazaña de los héroes, en individualizado recorte, sino de hacerla masa y carne del pueblo. ¿Acaso tales héroes hubieran resultado posibles sin ese aliento unánime —desesperación, sentido del honor colectivo, rebeldía— que les empuja al sacrificio, impasibles, anteviviendo el gozo por el fruto de su sangre vertida?

Granadino es José Martín Recuerda. Su formación, su cultura, su inquietud humana, le habrán puesto ante los ojos, a la hora de mirar hacia el pasado, toda una serie de figuras con posible teatralización. Lógico era que, obligado a elegir, se inclinase por Granada —su Granada— para evocar un crimen político cometido en ella durante la pasada centuria. Pero Martín Recuerda es autor que trabaja sobre muy inmediatos supuestos históricos y sociológicos. No estaba dispuesto a escribir una obra de protagonista, agonista o antagonista, cosa que no elude la comprensión y la ternura con que aparece dibujada Mariana Pineda, la heroína del episodio histórico. Pero el autor, con justicia y acierto, colectiviza su heroísmo haciéndolo compartir, como ella misma compartió sus últimos instantes humanos, por las desgraciadas «arrecogías». Todas ellas —incluso las privadas de libertad por el delito del amor mercenario— víctimas del absolutismo dimanado del voluble Fernando VII y exacerbado en sus crueldades persecutorias por las autoridades locales. Esta fusión pueblo-heroína no resta grandeza y verdad al contorno aislado del personaje; si bien éste se nos muestra en un contexto o lumpen que, dentro de su miseria y dolor, le engrandece.

El papel desempeñado por Mariana Pineda en la sociedad granadina de su tiempo es harto valeroso: conspira, esconde a los

liberales perseguidos; posibilita su huida, en tanto abre sus salones y a veces el lecho a los jerifaltes de la situación, valiéndose de su influencia para ayudar a quienes participan de sus ideas generosas. Todo esto se pone de pie en el choque humano —esquila del resentimiento— con «Ramón Pedrosa», Alcalde del Crimen y juez de infidencia, el hombre que no pudo acceder al tálamo de la heroína. Martín Recuerda, con muy buen acierto, llevado acaso de su cientifismo universitario, no cae en la estampa de una Mariana Pineda bordadora de la bandera de la revolución. Su participación fue más activa.

Hay algo que considero fundamental acierto de «Las arrecogías»: concebir su drama histórico, desarrollado en Granada, dentro de la luz, el patetismo e incluso la alegría de la copla y el baile de Andalucía. Esta intención, que en ningún momento puede calificarse como folklórica, no es ambiental. Participa del sustrato mismo del drama. Es su más claro e idóneo lenguaje. Hay una escena —aplaudamos aquí la genial colaboración del director— cumbre a este respecto: la del tremendo «trágala», a compás de «martinete» flamenco, que cantan Mariana y las «arrecogías», fieramente acompañado por «Rosa», que golpea las cadenas atenzadoras de sus muñecas contra los barrotes de la celda de castigo. El diálogo suena vivo y natural, desgarrado, hiriente, empapado en lágrimas, exaltado por el propio y el ajeno dolor. La emoción engancha al espectador en este proceso de verdad revivida. Son muchos los momentos en que los aplausos surgen espontáneos para premiar interpretación y texto. Destaco, entre tantos, ese mutis histórico, exacta medida del talento de una actriz, con el que María Paz Ballesteros conquistó una de las más logradas ovaciones de la noche. Difícil juzgar la interpretación. Pocas veces he asistido a un empaste tan perfecto. No hay un solo personaje olvidado, tratado como de relleno. Imposible apuntar el menor fallo. Ello no empece el aislado elogio. Concha Velasco incorpora a «Mariana Pineda» con dignidad extraordinaria. La llena de femineidad y grandeza. Matiza, desde la emoción de lo íntimo hasta la imprecación acusatoria. Contribuye con su belleza a la evocación arquetípica de la heroína. No hay en ello un solo roce ni desfallecimiento. Es la cimbria sostenedora —incluso en el momento cuando cae sobre ella la horrible sentencia— del soberbio edificio dramático.

Bien querría citar a todo el resto del reparto. Con aplauso extensivo a los demás, vayan algunos nombres sobre los ya escritos: Margarita García Ortega, María Luisa Ponte, Pilar Bardem, Carmen Lozano, Maruja García Alonso, Mercedes Linares, Maribel Artés, Antonio Iranzo y Francisco Marso. En cuan-

to al montaje y dirección diré que Adolfo Marsillach demuestra, hasta su más alta cota, el talento, sensibilidad y cultura proverbiales en un hombre a quien, no obstante su consagrado profesionalismo, yo veré siempre —y con alegría— como un intelectual del teatro. La concepción del espacio escénico —agua, música, rumores callejeros lejanos, copla y aljibes— sorprende por su belleza, pero no persigue exclusivamente esta finalidad de aclimatación estética, sino que define, desde lo andaluz, el tremendo alcance que puede adquirir en aquellas tierras solares el odio o la persecución política. No sólo en el ambiente se advierte la mano de Marsillach. Actores y actrices se sometieron gustosos a su disciplina. Resultado de ello, el ajustado tono interpretativo logrado. Alberto Miralles, director adjunto, colaboró activamente en el empeño. Los aplausos y bravos duraron largo rato. Toda la compañía saludó, con José Martín Recuerda, Marsillach y Miralles. Ante la insistencia de los aplausos, Martín Recuerda pronunció unas palabras, apenas audibles por la explicable emoción que le embargaba.

Julio TRENAS

(Foto ANTONIO)